

UN MUNDO INCOMPENSIBLE

UN MUNDO INCOMPRESIBLE

Alan Talevi



Diseño: Erica Anabela Medina



Editorial de la Universidad Nacional de La Plata
Calle 47 N° 380 - La Plata (1900) - Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax: 54-221-4273992
www.unlp.edu.ar/editorial

La EDULP integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

1° edición - 2008

ISBN 978-950-34-0409-6

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 2008- EDULP

Impreso en Argentina

ÍNDICE

FLOBER	7
MAYONESA	13
LA SEGUNDA NOTA	17
MENTIRA	23
UN MUNDO COMPRENSIBLE	29
EL VIEJO	35
CAMBIOS	39
LOS CONDENADOS	43
QUIETUD	53
DENARIO	57
ESTAMBUL 2006	67

FLOBER

– Nene, ¿tenés *Madame Bovary*, de *Flober*? – preguntó la señora, nasalmente, exagerando la pronunciación francesa.

La señora vestía elegante, como deben vestir las profesoras universitarias cincuentonas, con un pañuelo de furiosos violetas y amarillos alrededor del cuello, rompiendo un poco la monotonía del espantoso traje té con leche. Evocaba tibia, patéticamente, una lejana juventud bohemia. Llevaba aros grandes, hindúes, y usaba unos anteojos de cristales oblongos y marcos dorados.

Marcos pensó: «vieja de mierda».

– Sí señora ya se lo traigo –respondió sin mirarla a los ojos. Casi nunca miraba a los clientes a los ojos; mirar a los ojos le parecía un acto incómodo (y en cierta forma hasta violento) salvo que las dos personas que intervenían en la mirada se conocieran íntimamente. Regresó a los dos minutos con la edición más cara que pudo conseguir. Cuando la señora escuchó el precio dijo:

– Ah, ¿y una edición más económica no tenés? Es que es para un regalo...

– Como tener tengo –contestó Marcos y con tono afectado agregó. – Pasa que la traducción no se compara, ¿vivo?

– No claro, si fuera para mí ni lo dudo, yo tengo una buena edición bilingüe, pero no sé si a esta persona...

Marcos se dio media vuelta y la dejó hablando sola. Tecleó unas letras, miró la pantalla y dijo:

– Además de esa hay una de quince y otra de veintinueve –. «Vas a llevar la de veintinueve para no quedar como una miserable», pensó.

– Dame la de veintinueve –confirmó la mujer. – Para regalo por favor.

Marcos llevó el libro hasta la caja. Le pidió a la nueva cajera que lo envolviera para regalo pero la chica le respondió que todavía no había aprendido a envolver bien. A regañadientes, lo envolvió él. «Fíjate cómo se hace», gruñó. Pensó que iban ya tres años capacitando a los empleados nuevos que caían cada tanto en la librería. «Tres años avivando giles y, claro, haciendo todo lo demás. ¿El sueldo? Bien, siempre igual».

Era marzo. En marzo todo se iba al carajo; las madres se ponían como locas para que el nene tuviera el manual para el colegio y los libros de inglés una semana antes que el resto de las criaturitas. Pensó en su propia madre que era, precisamente, de ese tipo de madres que encargan el manual el mismo día en que lo pide la maestra. «Así es, mamá... tanta preocupación por conseguir enseguida el viejo y querido manual *Kapelusz* para que tu hijo termine de librero, vendiéndole manuales a otras madres», y reprimió una carcajada amarga.

– Hasta luego señora – le dijo a la señora de *Madame Bovary*. La señora se detuvo vacilante a mitad del camino hacia la puerta y por el rabillo del ojo Marcos vio, incrédulo, que la mujer desandaba los pasos en dirección suya.

– Querido –dijo la señora e hizo algo impensado: apoyó suavemente una de sus manos sobre el brazo de Marcos. Él se sobresaltó por el contacto y casi pega un salto. Tuvo un ataque de taquicardia. «Quién se cree que es ésta para venir a tocarme», pensó mientras se

mordía los labios y sus ojos permanecían obstinados en los dedos de la mujer sobre su brazo. Ella continuó diciendo: --- Es una falta de respeto no mirar a la gente a los ojos... Además, los ojos son el espejo del alma. Hay que cuidar que ese espejo no se empañe.

Lo había dicho en un tono almibarado. «Quiere seducirme. Encima esta vieja quiere seducirme haciéndose la maestría cuando lo que verdaderamente quisiera hacer es chuparme la pija.»

Un hombre flaco, de unos treinta años: anteojos de marco fino y dorado, bufanda escocesa al cuello, sobretodo de color gris topo, pantalón de jean y zapatillas, le preguntó si tenía un libro de Artaud. Artó, fue lo que dijo.

– Tenés que sacar número – respondió Marcos y volteó el cuerpo bruscamente para atender a una chica que, agitando en su mano un numerito verde, le pidió *El Código Da Vinci*.

– Me dijeron que está bueno, ¿no? Es así como... de suspenso, ¿no?

– Sí, está bárbaro – contestó, irónico, pero la chica no se dio cuenta y le dijo que lo llevaba.

Depositó el libro sobre el mostrador. En cuatro grandes zancadas de sus piernas flacas, de apariencia quebradiza, llegó hasta la puerta de salida de la librería y la atravesó decidido. Y se quedó parado al borde del escalón de baldosas negras que marcaba el límite entre la librería y la vereda. Puso los brazos en jarra, apoyando las manos sobre los huesos sobresalientes de su cadera. Bajó la mirada, infló los cachetes, exhaló sonoramente una bocanada de aire, se frotó los ojos. Le ardía la vista, tenía el entrecejo crispado y la garganta tensa a un punto tal que tuvo que hacer un esfuerzo enorme para que la saliva y el moco que se le acumulaban detrás de la lengua bajaran por el esófago. Su pie derecho descendió el escalón y se apoyó en la vereda; después, el izquierdo.

El día estaba nublado, la tarde olía a ozono. «El olor de la libertad», pensó y quiso pero no pudo; no fue capaz. Dio media vuelta, y en ese

instante la garganta le empezó a doler peor que antes y sintió los párpados y algunas palpitaciones en las venitas de los ojos, como si fueran a explotar. La mano le pesaba cuando la colocó sobre el cristal de la puerta, a la altura de los números blancos que indicaban el horario de los sábados. Empujó. Sobre el vidrio quedaron marcadas sus huellas dactilares. De nuevo adentro, se fue para el fondo, se escabulló entre las mesas de libros, esquivando clientes. En un recodo medio escondido de la librería se apoyó contra una de las mesas y extrajo del bolsillo trasero del jean un papel muy arrugado, doblado en cinco pliegos. Suspiró. El papel estaba muy estropeado, ajado en los dobleces y en las puntas, pero así todo lo desplegó con delicadeza. No sabía por qué, mientras desplegaba el papel se le aceleraba el pulso y le temblaban las manos y la operación se demoraba ridículamente. Una vez que lo hubo extendido bien, lo apoyó sobre una pila de libros y lo alisó con ambas manos. Allí sobre el papel había cuatro párrafos que él mismo había mecanografiado impecablemente en la vieja Olivetti portátil que le regalara su padre para las clases de dactilografía del colegio:

«Sres. propietarios de Librería Tiramisú SRL», empezaba la nota. «En noviembre de 2004 los compañeros empleados de la librería convocamos a reunión con el claro objetivo de dejar sentada nuestra inquietud sobre...»

Conforme sus ojos progresaban por las letras de tinta negra se iba sintiendo más y más aliviado [RING RING], como si se refugiara de la lluvia en una garita de colectivo, como se si abriera una válvula y de a poco la presión fuera cediendo. *«Desde que se inició aquel camino introspectivo las relaciones se han sensibilizado, los procesos de comunicación interna no mejoraron, las posiciones frente a los diálogos se han endurecido».*

Poco a poco, a medida que repasaba el texto que de tanto recitar internamente sabía ya de memoria, el efecto balsámico inicial [RING] iba dejando lugar a un segundo efecto tardío que lo instalaba en (lo catapultaba a) un estado distinto, próximo a la euforia. «[...] *desvalorización que se refleja, fundamental aunque no únicamente, en nuestros sueldos [...]*» y, lentamente, sentía Marcos, el texto cobraba vida, como si se despertara y se desperezara y estirara los brazos y largara un colosal bostezo. Abandonaba el tono inicial de fría intelectualidad [RING RING RING] para instalarse otro tono más pragmático y visceral, en contacto con los sentimientos del autor porque, pensaba Marcos, la única política que valía la pena practicar era la política emocional, «[...] *nos alarma el grado de exigencia que se cierne sobre nuestros desempeños operativos comparada con la laxitud que, de parte de ustedes, existe frente a los mismos procedimientos. Esta asimetría está más cerca de un manejo de poder que de un trabajo, y HIERE NUESTRA DIGNIDAD [...]*». Cuando llegó a la altura del reclamo en la que aparecía la palabra dignidad en mayúscula, Marcos estaba ya en una especie de éxtasis. El texto cobraba cierto carácter empírico para clarificar la queja «[...] *en el año 2001, un pancho con gaseosa pequeña en la panchería de la esquina costaba \$2,00 (dos pesos. Hoy día ese mismo pancho con gaseosa en el mismo lugar tiene un valor de \$5,00 (cinco pesos)[...]*» Reflexionó un instante; se preguntó si el ejemplo del pancho sería acaso demasiado mundano y si no sería mejor reemplazarlo por alguna expresión menos chabacana (¿el coste de la canasta familiar?) pero rápidamente desestimó la importancia de tales consideraciones porque venía embalado con la lectura y el texto se aproximaba al clímax, al apogeo, al final efectista, apoteótico; al golpe de gracia con el que liquidaría de una manera casi poética cualquier resistencia dialéctica que hasta entonces pudiera haber intentado la mente retorcida de la burguesía explotadora: «*resulta incoherente que nos paguen lo mismo que oficialmente se reconoce a cualquier empleado de comercio, ya sea que atienda una*

heladería o un kiosco. NO SE PUEDEN PRETENDER LIBREROS PAGANDO SUELDOS DE KIOSKEROS».

Debajo iban estampadas su firma y las de seis de los empleados más antiguos de la librería [RING RING].

Se sintió, por un momento, un pequeño Che Guevara y se dijo a sí mismo que cada hombre debe ser revolucionario en la escala que le toque en suerte, así sea un universo de bolsillo.

El ruido de un teléfono que sonaba obstinado desde hacía dos minutos y que nadie parecía escuchar lo sustrajo de sus reflexiones. Cruzó a paso lento el pasillo, entre los exhibidores, y atendió. Del otro lado de la línea, una señora lo puteó cuando le dijo que no reservaban libros escolares. Le llegó el número al que andaba buscando el libro de Artaud.

– No lo tenemos. Está agotado – mintió Marcos, con placer inconmensurable.. «Un día», pensó, «un día pondré finalmente la librería propia y mandaré a la mierda a estos explotadores y me llevaré conmigo a todos los empleados buenos. Los dejaré con un ejército de inútiles, de muchachitas que ni envolver para regalo saben» y evocó un lugar no nacido aún en el que se diría Flaubert, así, F-L-A-U-B-E-R-T y estaría prohibido decir Flober; un lugar sin códigos de pintores renacentistas; una librería chica con unos pocos, experimentados, bien pagos empleados y en el aire la mezcla justa del perfume de los libros viejos y el perfume de los libros nuevos. En el aire, una melodía tranquila y olor a café expreso, el tapiz de colores de los lomos de los libros que descansan, como Dios manda, sobre una biblioteca y no apilados sobre una mesa y una guitarreada a medianoche, con las persianas de metal bajas. Y entonces sí: mirar a los ojos a esos clientes que no lo putean a uno por teléfono.

– ¿Tenés *Windows vista*, *diviértase mientras trabaja*? – preguntó alguien interrumpiendo el hilo de pensamientos, pero Marcos se aferró unos segundos más a la sucesión de imágenes en su cabeza. Allá afuera se escuchó un trueno y empezó a llover «*Un día*», pensó. Y sonrió malignamente.

MAYONESA

Lo despierta el ruido de pasos sobre el parqué del pasillo de su departamento de soltero. Se queda quieto, muy quieto, deslizando lentamente el borde de la frazada por encima de la nariz, los ojos muy abiertos a la espera de un nuevo ruido que confirme la presencia del intruso, pero la confirmación no llega nunca.

A los diez minutos se levanta, inspecciona concienzudamente la pieza, el baño, la cocina. Nada. «Ha sido un mal sueño», concluye.

La incursión nocturna le ha dado sed. Saca la jarra de agua de la heladera, llena un vaso, bebe con avidez, regresa la jarra a la heladera y sólo entonces se percata de un frasco de mayonesa en el estante del medio. Desafiante, en el centro justo del estante, un frasco que él jamás podría haber comprado porque detesta la mayonesa.

«¿De dónde salió esa mayonesa?», piensa, mientras lentamente retrocede y se clava la punta de la mesa de la cocina a la altura de los riñones. Contiene un grito de dolor, se lleva la mano a los labios, se muerde un dedo; no quiere que el intruso se sepa descubierto, desea mantener, como mínimo, la ventaja del contraataque sorpresa. Pero, «¿dónde se oculta el responsable de esa mayonesa impertinente, en el centro del estante?», se pregunta. «Ya he revisado todo, ¿se habrá ido? ¿Puede haber alguien capaz de dejar una mayonesa en una heladera ajena y luego irse, simplemente? Si así fuera, ese frasco de

mayonesa no puede ser otra cosa que una amenaza o una advertencia». Como un relámpago le llega la revelación: «¡La bañera! ¡No revisé la bañera!» Se insulta a sí mismo por semejante descuido. Agarra una escoba, la empuña por la parte del palo que queda justo encima de las cerdas, como si fuera una espada samurai o un bat de baseball. Con pasos vacilantes llega al baño, se coloca delante de la cortina de la bañera y luego de contar mentalmente hasta tres, arremete –sin descorrer la cortina– con un golpe de la escoba seguido de una patada de karate. Golpea el plástico y, detrás de él, el aire. El impulso inútil de la patada y la pátina de humedad del piso del baño le hacen perder el equilibrio y a punto está de romperse la cabeza contra el borde del váter.

«Al carajo con el ataque sorpresa», piensa al tiempo que se levanta y a toda velocidad recorre el departamento frenéticamente, gritando incoherencias y encendiendo todas las luces. Recién cuando la repentina abundancia de luz eléctrica le lastima los ojos y comprueba que en el departamento no hay nadie aparte de él mismo, comienza a esbozar una explicación racional más propia de la vigilia. Agarra el teléfono. Con mano temblorosa intenta marcar el número de Alejandro. Equivoca uno de los números del teclado, corta, vuelve a marcar. Del otro lado de la línea suena, irritada, cansina, la voz grumosa de Alejandro.

– ¿Hola?

– Ale.

– ¿Qué hacés? ¿Qué hora es? – Alejandro mira el reloj despertador de la mesita de luz y se entera de que son las tres y dieciséis. Se estremece – ¿Pasó algo?

– Más o menos. El otro día, ¿compraste una mayonesa?

– ¿Qué?

– El otro día. Cuando te quedaste a cenar. ¿Compraste una mayonesa y la dejaste en mi heladera?

Silencio del otro lado de la línea, Alejandro tal vez preguntándose si esa conversación realmente está ocurriendo (o quizá despertando al enojo lentamente, como corresponde a un cuerpo medio dormido a las tres de la mañana).

– No. Ni idea de qué me estás hablando.

Luego se oye un golpe seco, el ruido violento del tubo del teléfono de Alejandro sobre el interruptor y el pitido continuo que señala la comunicación interrumpida.

Justo antes de dormirse nuevamente con los brazos rodeando la almohada, Alejandro piensa y recuerda, a medio camino entre el sueño y la vigilia. «Ah, sí, la mayonesa. Bueno, mañana lo llamo. No puede ser tan urgente».

LA SEGUNDA NOTA

– No sé Martín. A mi edad una mujer necesita... empezar a proyectarse... no es nada más una necesidad psicológica, es algo biológico también. Y cuando eso pasa... una empieza a buscar ciertas cosas en un hombre, no sólo pasarla bien... cierta... ¿cómo te digo?... Estabilidad o, mejor: expectativa. Y vos... Bueno, vos... a ver... un montón de chicas... de mujeres... estarían re felices con vos, sólo que yo... ¿Cómo decirte? Te va a sonar mal –suspiró, bajó la mirada.– Bueno: estoy acostumbrada a cosas que no me podés dar. ¿Viste cuando uno se acostumbra a determinado estilo de vida? Es difícil elegir una forma de vida... distinta.

Se dio cuenta de que «distinta» había sonado, a pesar suyo, a «peor». Antes de eso había pasado lo que ella había estado temiendo que pasaría en cualquier momento, más tarde o más temprano: él se había sincerado. Esa tarde la había citado en el barcito del bosque, un ritual que repetían desde la primera vez que él la llamó por teléfono y la invitó a salir: verse en el barcito del bosque, tomar cada uno un porrón de cerveza negra, vaciar el pote de maní sin pelar como si las manos fueran gallinas persiguiendo lombrices, dejar las cáscaras rotas desparramadas sobre la mesa, hablar poco, lo indis-

pensable, y después subir errantes por las calles, buscarse, evitarse, tentarse de risa, tomarse de la mano y terminar, generalmente, en el departamento de él, que quedaba más cerca. Y ella había pensado que esa tarde también iba a ser así, pero esta vez no, esta vez la ceremonia de amantes se había truncado o, aún peor: torcido, y ella se sentía traicionada.

Él había arrancado mal, muy mal:

– Ya hace varios meses que nos vemos así. Y no sé, creo que... Ella lo había mirado como un ateo que mira a otro ateo que se acaba de hacer religioso. El tenía, para colmo, esa mirada esperanzada, encendida, afiebrada, que lo empeoraba todo.

–... lo que tenemos es... bueno, es bárbaro. Y debo estar loco pero...

A ella le hubiera gustado pegarle una cachetada y callarlo de una vez por todas. Sintió ganas de mandarse mudar, se imaginó sacando veinte pesos de la cartera y tirándolos sobre la mesa, imaginó la mirada de él mirando el billete de veinte sin comprender mientras ella a toda velocidad se ponía el abrigo y desaparecía para siempre por la puerta de calle. Pero, no supo por qué, no pudo. Le dio culpa y ternura, y siguió mirándolo con la ceja derecha levantada, como cuando jugaba al póker con sus hermanos y los amigos de sus hermanos y tenía una mano ganadora y lo único que se le alteraba en el rostro era la bendita ceja.

–... porque cuando uno cambia algo que es bueno se arriesga a que empeore. Pero, acá está lo que pienso: cuando las cosas no cambian tarde o temprano se mueren.

Torpe, torpe, torpe, pensó ella. *Y lindo*, pensó también. Él era tan malo hablando, sería por eso que hasta ese día hablaban tan poco, lo imprescindible, cuando se citaban en el bar, apenas algunos comentarios sueltos, algunas sonrisas con monosílabos por toda respuesta. Pero después no era tan malo hablando, no, después cuando yacían despatarrados en la cama se transformaba, decía cosas largas e inteligentes y hasta graciosas; cosas inesperadas de un empleado

administrativo. Y era una buena mezcla, podría decirse, hablar poco, tener buen sexo y, después, sí hablar en serio o en broma o hacerse cosquillas. Tal vez fuera por eso que lo había conservado durante tantos meses ya, y tal vez hubiera sido mejor para él que se reservara la confesión que sin querer le estaba haciendo ahora para después, para la cama, pero el muy ansioso se había apurado y ahora estaba ahí hundiéndose en palabras - arenas movedizas y ella ya no tenía ganas de nada, se sentía traicionada, quería, ahora más fuerte que antes, irse del bar, se pellizcaba la piel debajo de las uñas hasta hacer jirones la epidermis, torcía lentamente el cuello de un lado a otro y le sonaban las cervicales.

– ...lo que quiero decirte es que... digo, la pasamos bien. ¿Por qué no...? –suspiró. – Dejalo. Quedate conmigo.

¡Plaf! Empantanadísimo. La primera vez no había sido así, no. Aquella vez, en la disco, él parecía un hombre muy seguro de sí mismo, usaba una camisa de setecientos pesos (que nunca más le había visto, que quizás fuera prestada) y olía a Hugo Boss.

Se le había acercado, la había tomado de la mano y habían empezado a bailar espontáneamente y ella se había asombrado un poco de la novedosa naturalidad con que él le había agarrado la mano, porque a las chicas como ella los hombres les piden siempre algún tipo de permiso y en esa mano tomándole la mano había habido, a decir verdad, una orden, una imposición, una prepotencia. Entonces ella había acercado los labios al oído de él y le había dicho que su novio era el dueño de la disco y había agregado «esperame afuera, en quince minutos». Y a los quince minutos se había asombrado por segunda vez al comprobar que él estaba de pie, esperándola al lado de un taxi, y casi se vuelve para adentro pero por algún motivo no pudo soportar la idea de darle la espalda y dejarlo pagando ahí, sosteniéndole la puerta del taxi abierta, y había caminado hacia el vehículo tan rápido como le permitían los tacos aguja y se había zambullido en el asiento trasero sin mirar atrás. Y ya en el departamento peque-

ño de empleado administrativo confirmó que efectivamente la camisa de Armani era una pequeña estafa, pero ahí estaba, ya tenían las lenguas persiguiéndose la una a la otra y al fin y al cabo aquello había estado bastante mejor que con Ignacio, y eso que era la primera vez que se acostaban y las primeras veces suelen ser bastante sosas, cuando no un completo desastre. Las chicas como ella no dicen cosas guarras al oído, no la primera vez, ni piden cosas raras, y si a pesar de la simpleza, aquella vez no había sido realmente nada mala este hecho era, sin duda, un punto a favor de Martín y una de las razones por la que ella, al irse, le había dejado en la mesa de luz un papel verde con su número de teléfono –número que él había marcado unos cuantos días después para invitarla a tomar un café que acabó siendo la primera cerveza negra compartida en el barcito del bosque en el que estaban ahora–.

– Tengo un palpito, una cosa en el corazón que me dice que... Ahí es donde ella había empezado a decir «No sé Martín...» y él había contestado, como un relámpago:

– ¿Y qué significa, se puede saber, «proyectarse»? –el tono le había cambiado instantáneamente, le había tocado en una fibra íntima, lo había expuesto... arrinconado.

Suspiró, levantó los ojos hacia esos otros ojos que la atravesaban...

– No vas a entender. Lo lindo de tener un amante es justamente que hay un montón de cosas en las que una no tiene que pensar. Le aguantó la mirada. Supo que él sentía asco por lo que estaba escuchando, se sintió molesta, como si dar explicaciones fuera una forma de rebajarse. *Pero tenés razón Martín, pensó, es feo pero pienso en términos de mejor y peor, abajo y arriba. Plantearlo de otra manera es nada más poner algodones; nada más hipocrita.*

– ¿Y en qué cosas mías no te tuviste que fijar hasta ahora?
Silencio.

– En las cosas que te faltan –contestó, tranquilamente.

– ¿Plata? ¿Una linda casa?

Ella negó con la cabeza.

– No. No necesariamente. Las ganas de tenerlas. A lo mejor los medios para tenerlas, no sé. Mirá esas cáscaras de maní rotas y desparramadas por toda la mesa. Yo vengo acá y juego a dejar cáscaras de maní de cualquier manera, juego a ser sucia y desordenada por un rato. Vos no jugás, vos sos así y si yo fuera así sería bárbaro...

– Plata entonces.

– No. No entendés. Mentira. Sí entendés. Entendés perfectamente.

Le estudió la cara. Los ojos se le habían llenado de lágrimas, pero las aguantaba estoicamente, esforzándose para que no abandonaran los párpados. *Lindo*, se sorprendió pensando de nuevo. *Tan tan tan lindo. ¿Pero por qué me sonreís ahora de esa manera, mientras negás con la cabeza? No entiendo, no entiendo tu sonrisa porque no es amarga, ni irónica, no se parece a todas las otras sonrisas que te he visto en todos estos meses es... me hace acordar a la sonrisa de Ignacio, es... triunfante.*

– Qué pena linda –la tomó del mentón, recorrió con el dedo índice las pecas que subrayaban los ojos azules de ella . – No te das una idea, una verdadera pena.

Al cabo de quince días la llamó por teléfono. Ella vio el número de él en el celular y por la forma en que le temblaban las manos descubrió la ansiedad insospechada con la que había estado esperando esa llamada. Recién después de apretar un par de botones equivocados pudo acertarle al botón de atender llamadas.

– ¡Hola!

– ¿Podemos vernos mañana en el bar de siempre, a las 18:00? La voz de él sonaba serena.

– Sí claro – y ella hubiera agregado «te extrañé» pero él, del otro lado, cortó la llamada.

Son las 17:55 del día siguiente y ella está sentada en el bar del bosque desde hace cinco minutos, mirando cada tanto hacia la ventana y hacia la puerta de calle y exactamente a las 18:00 horas una de las mozas le trae dos notas.

La primera, breve, escrita de puño y letra por Martín, dice: «Como te dije la última vez, una verdadera pena. Comprenderás que tenía que estar seguro, que no hubiera podido pasar la vida preguntándome de qué parte mía te habías enamorado. Lamentablemente, creo saber cuál hubiera sido la respuesta.»

La otra es un resumen de una cuenta del Boston Bank, a nombre de Martín Guevara, DNI 26.501.209, una cuenta con un saldo con demasiados dígitos, increíblemente demasiados dígitos del lado izquierdo de la coma y con fecha de emisión de ese mismo día.

Por el rabillo del ojo la mujer rubia de ojos azules subrayados con una difusa línea de pecas percibe una sombra en la ventana y cuando se da vuelta ve las espaldas de Martín enfundadas en un sobretodo negro que le calza perfectamente. Martín caminando tranquilo, con las manos en los bolsillos, hacia un Mercedes último modelo. Se pone en pie bruscamente, una de sus rodillas se choca con la pata de la mesa, *no me va a crear una palabra*, piensa ella y corre rengueando porque la rodilla le ha quedado doliendo como mil demonios, se clava una segunda mesa a la altura del hígado, la mesa se voltea y hace derramar el café con leche a una persona de la mesa contigua. Ella le pide perdón a media voz, mecánicamente, sin mirar al hombre al que le derramó el café y llega hasta la puerta. Tiene taquicardia, le cuesta respirar, ahora está afuera y el motor del auto arranca y hace un sonido que es como seda y Martín, mirando hacia el frente, pisa el acelerador y el Mercedes se desliza sobre el asfalto y la mujer rubia grita pero él la ignora y dobla en la esquina, alejándose de ella que cae de rodillas en la vereda y se lleva la mano a la boca y cierra los ojos y siente la saliva densa mezclada con moco, en la comisura de la boca y siente las lágrimas tibias que arrastran el maquillaje negro sobre sus mejillas.

MENTIRA

A través de los amplificadores se escucha la cuenta regresiva... siete... seis... cinco... la voz que descuenta es femenina, una voz que cualquier hombre querría llevarse a la cama. Se pregunta si esos hombres que contemplan el escenario con ojos de whisky y de saliva, *esos hombres típicos*, piensa, habrán reflexionado alguna vez sobre la importancia de los sonidos, sobre la relación abretesésamo entre una determinada secuencia de jadeos y la eyaculación que llega demasiado pronto.

Tres... dos... uno... suena la primera nota de una balada con un algo, un rastro de funk. El espacio de la audiencia se sume en penumbras y el escenario resucita bajo la luz anaranjada de un racimo de lamparitas dispersas sin simetría, treinta pequeñas luces que intermitentes, como parpadeos, le acarician la piel desnuda.

Sus piernas se despezan con movimientos de gato; la adrenalina le escala el esófago, los pies pisan la espera que veinte pares de ojos han ido acumulando sobre el del escenario. *Nadie nadie nadie me mira los pies*, piensa. *Son lindos mis pies*.

Va hacia la izquierda, su mano aferra el acero vertical y su cuerpo completa dos vueltas en torno a ese falo metálico. Se agazapa contra el metal, se estremece con el contacto de su piel con la superficie fría. La pierna derecha sube por encima del hombro, permanece

suspendida, ingrvıda, y al final cae sin prisa, una caıda de diez o quince segundos. *La lentitud subyuga, ejerce siempre una rara forma de control.*

Cruza el escenario, sus hombros y sus caderas dibujan círculos y van sólo treinta segundos del comienzo pero ya tiene junados a los casi veinte tipos que esa noche componen su público. *Cada tipo repite noche a noche a otro tipo, cada cosa es una versión de otra cosa.*

Desciende por una de las dos escaleras laterales. Se dirige primero al más pedante de los que hoy le tocan en suerte. Se toma un pecho con cada mano, le acerca las tetas a los labios y él sonríe y amaga mordrselas. Le dedica una sonrisa enorme. Luego le da la espalda y lo deja con el motor en marcha, regulando. l le grita un deseo rudo y ella, con un calambre en el estómago, le ofrece el perfil de su rostro y sonríe de nuevo.

Localiza al más tímido entre la concurrencia, se le acerca, se pone en cuclillas, de espaldas a él, y con el mentón desliza mínimamente el bretel del corpiño sobre el hombro y lo mira y le hace un gesto. l entiende y su mano, una mano con dedos largos y nudosos, deshace temblorosa el lazo que hasta a ese momento garantizaba la permanencia de la tela roja sobre los pezones. Sus pechos quedan desnudos y se desencadena una tormenta de aplausos y exclamaciones; deja el corpiño colgado en torno al cuello del tímido, como una horca de promesas para lubricar sus futuras masturbaciones.

Mira hacia su izquierda; su mirada sobrevuela las filas de cabezas y aterriza sobre una pareja extraña, atentos ambos desde la lejanía, sumidos en sombras en una mesita al lado de la barra. Exiliados de los juegos que abundan entre los que eligen las primeras filas. *Hay que premiar los exilios voluntarios, se dice.* Esquiva, liviana, las mesas, barajando miradas a diestra y siniestra de vez en cuando, como limosnas, y se concentra en uno de los dos que se sientan en esa mesa lejana.

Ese que mira miente muy bien, piensa mientras él le mantiene la mirada. Yo soy la reina, al menos durante los seis minutos y medio que dura mi canción. Pero aquel que la mira pretende despojarla un poco de su corona efímera, ser un poco rey, un rey sabido por muy pocos, por casi nadie. Tal vez ni siquiera por él mismo, sólo por ella. Triste rey el que se ignora a sí mismo... la ignorancia es una forma de indiferencia, se dice. Y él la sigue mirando; él pretende convencerla de que los pezones oscuros y el vientre firme y las caderas y el territorio vedado por la bombacha no le importan. Pendejo pretencioso, fabricante de quimeras.

Pero y si... ¿y si hubiera algo de verdad en esos ojos sin saliva mirando mis ojos? No la hay, claro que no, pero qué bárbara la duda, qué inesperada. El que se sienta junto a ese que mira es parecido y diferente, un poco más animal pero también reflejándolo: esos dos son como un espejo torcido.

Da un rodeo en torno a la mesa de ellos, hasta quedar a espaldas de ése que mira. Siente el peso de los celos del resto del público. Le mira la nuca. La nuca impávida, estoica. Increíblemente, él se niega a mirarla. Desliza su mano por el cuello, recorre pacientemente el mentón masculino, se pincha con las cosquillas de la barba oscura y reciente e inesperadamente siente una contracción, un estremecimiento reflejo en el sexo y por un momento debe concentrarse para no perder el hilo de la melodía. Entonces una nueva sorpresa, él levanta la mano y redobra la apuesta, lleva su mano hasta la de ella, lo masculino encuentra a lo femenino y recorre el dedo índice de mujer con una calma de suicida caminando sobre la cornisa. Siente el aire cálido que espira la nariz de él, el vapor condensándose y evaporándose de nuevo sobre su palma, la palma recogiendo un aliento de hombre y no de dios.

Tengo que dejarlo ir. Vuelve al escenario con el recuerdo del pabellón de la oreja grabándose en sus huellas dactilares. Siente una nostalgia inmediata, quedan dos minutos y medio; la regla propia do-

blándose peligrosamente *no se juega dos veces con el mismo tipo y a la mierda con las reglas, sólo muy de vez en cuando aparece uno que te acaricia a conciencia y mente mejor que el Diablo*. Regresa sobre sus pasos, le susurra «acompañame» al oído, se lo dice con firmeza para recordarle quién retiene el poder en aquel pedacito de espacio-tiempo, por escasos dos minutos quince segundos que restan de su número. Lo lleva de la mano, le hace escalar el escenario. La mentira de él empieza a deshacerse de a poco, le descubre cierta duda en la taquicardia de la mano, una mano cálida y seca, el pulso es la única forma de desnudarle el nerviosismo.

Lo acuesta sobre el escenario, *a ver hasta dónde sos capaz de llevar esta farsa, pendejo*. Su pubis escala el cuerpo horizontal de él, y deja su sexo muy cerca de los labios de ese que la ha mirado tan bien, menea la veda de la bombacha roja, transparente, ante esos ojos pardos o tal vez verdes pero que poco a poco se tiñen de rojo, el deseo insubordinándose contra la quietud de sus masculinos mente y espíritu, filtrándose en la mirada y en esa vena tan linda que él tiene en el cuello.

Lo ayuda a ponerse en pie. Él la mira a los ojos. *¿Insistís? ¡Sea!*

– Sacame la bombacha, por favor –le pide.

Él pone una rodilla en el suelo y con suma ternura desliza la bombacha por el tobogán de sus piernas, con suma amabilidad le entrega ese pedazo de trapo indiferente. *Tipo de rosas y suspiros, pareciera que sos. Hace cuánto, cuánto no...*

Acerca sus labios al pabellón de esa oreja que se ha quedado grabada en sus dedos, qué triste que las huellas digitales se le hayan mezclado recorriendo el laberinto de la oreja de uno que ha ido a mirarla.

–Gracias –le susurra con una voz que, espera, él quiera llevarse a la cama. Lo besa en la mejilla, él sonrío y se retira del escenario con las manos en los bolsillos y los hombros un poco vencidos.

Los seis minutos y medio que dura la canción llegan a su fin. Lluven aplausos. La luz se apaga, recoge la ropa y se escabulle lo más rápido

y sigilosamente que puede. Una vez vuelta a vestir, sale y se dirige a la barra. Pasa por su lado y él le dice:

– Sos hermosa.

Lástima, ya empezás a caer. Quedate callado por favor. No caigas, quedate callado, lo piensa con tristeza, como un rezo angustiado.

– Gracias –le contesta. – ¿Te gusta cómo bailo?

La expresión del rostro de él da a entender que la respuesta es obvia.

Quedate quieto, no te caigas.

– Sí. ¿Hacés otra cosa además de esto?

– No, me gusta bailar. A las otras chicas les sale mejor... yo apenas empiezo.

– Pero... ¿bailás en otro lugar, alguna otra cosa?

La pregunta la empuja a sus clases de clásico y contemporáneo, a Ravel, Bizet, a alguna audición fallida para una ópera de Mozart. *Sumido en el barro, pendejo... ¿no es fácil caminar sobre las aguas siendo tan pibe no?*

– Me gusta bailar. Lo que sea. Ahora bailo acá. Esto es lo que me gusta.

Él ha percibido el rencor contenido en la respuesta de ella, porque las comisuras de sus labios se han estirado con amargura.

– Me tengo que ir – dice ella.

– Bueno– dice él.

No se puede mentir tan bien con los ojos y los gestos y tan mal con las palabras pendejo... ¿quién carajo te nombró juez de lo bueno y de lo malo, a vos, que al fin y al cabo necesitás de este lugar para confirmar que sabés mirar a los ojos, para ser distinto? Te avisé que te quedaras quieto, te tendría que haber prohibido el movimiento.

Se le cruza por la cabeza que ese que la ha mirado tan bien aún no cuadra del todo en sus clasificaciones mentales, tampoco el amigo. ¿Se podrá ser santurrón habiendo bajado al infierno? ¿se puede no ser santo teniendo una aureola de veinte centímetros de diámetro alrededor de la cabeza y una cara de buen tipo que hasta parece verdadera?

Prefiere quedarse con la duda, asumir que los demonios pueden caer y retener una aureola de ángel sin por ello ser presuntuosos, en una de esas se puede elegir una belleza sin condenar ninguna otra. *Las aureolas han de ser como los pétalos de las flores, no se caen apenas cortada la flor sino que se aferran a la forma de capullo. Quién te dice... en una de esas en un par de años, pendejo, se te termina de caer la aureola, ojalá se te haga pedazos contra el suelo, y entonces sí me gustás y nuestra charla... nuestra charla será o habrá sido muy distinta. Quién te dice...*

UN MUNDO COMPRENSIBLE

La conocí en la esquina de 9 y 48, en la puerta de esa galería un poco tétrica en cuyo subsuelo hay un negocio que vende cds y dvds vírgenes y un porno-shop y un montón de locales vacíos. Ese es, por lo menos, el primer recuerdo que tengo de ella.

Era una tarde de marzo; presa de un ataque de ansiedad, yo había sido incapaz de conciliar la lectura de una novela o encontrar una posición cómoda en el sillón del living de casa para ver una película y había salido de mi departamento –como escapando de algo– y había atravesado la ciudad, hacia el lado sur.

Me gustan los barrios de La Plata que quedan más allá de la zona de los teatros, detrás de la Catedral, pero mi departamento está en el norte, en un barrio de alquileres accesibles a unas pocas cuadras de la estación de trenes. En mis paseos encaro invariablemente hacia el sur, un poco como esas personas tristes de las grandes ciudades que añoran un jardín y van a las plazas los fines de semana para acceder al pasto de manera transitoria. Entre el lado sur y el lado norte de La Plata se encuentra, desgraciadamente, el centro de la ciudad y mis caminatas me obligan a internarme entre las vidrieras y las falsas señoras rubias que en las calles de esta ciudad brotan como yuyos. Es eso o a realizar un rodeo de casi diez cuadras para esquivar la zona de los comercios.

Pasando la calle principal me sentí un poco aliviado. Ni bien empezaba a respirar con más calma, apenas comenzaba a relajar los músculos del cuello, escuché:

– ¡Hola! ¡Cómo estás!

Y por el rabillo del ojo vi un bulto que se me venía encima y tuve un fogonazo de miedo pero era tarde. Había ya una mano de mujer apoyada gentilmente en mi antebrazo y sobre mis ojos sus ojos, unos ojos de un verde rarísimo que me dejaron momentáneamente paralizado, llenos de sorpresa y de otro sentimiento que no supe precisar bien, algo como alegría contenida.

Eran justamente esos ojos lo que estaban fuera de lugar aquella tarde, lo que hacía temblar el castillo de naipes, porque era humanamente imposible que un hombre olvidara unos ojos como aquellos de haberlos visto antes, y al mismo tiempo yo no reconocía a la mujer joven y hermosa que estaba ahí agarrándome del brazo y aguardándome, esperando evidentemente que sí la reconociera, agregando la palabra «Jorge» (que es mi nombre), como prueba irrefutable de que ella, efectivamente, me conocía.

No fui capaz de decirle que estaba confundida... no sé por qué. Seguramente porque los hombres como yo no tenemos muchas oportunidades de conocer mujeres como esa, con esos ojos y ese pelo como de propaganda de champú y vestida como una tapa de Vogué (un sweater de hilo beige, escote en V, que se adivinaba suave al tacto; debajo, el cuello de una camisa violeta; sobre sus hombros, un chal de seda de color lila, con estampado de arabescos y en los bordes los hilos de seda enlazados formando flecos; un jean; unas botas marroñes de taco alto haciendo juego con el cinto de cuero).

Cruzó los brazos y se encogió ligeramente de hombros y su mirada sobre la mía y su postura corporal parecían reclamarme algo, quizás un abrazo. Se la veía expuesta de una manera poco habitual en mujeres con esos ojos y ese pelo y esa manera fulminante de vestir.

Y no, no fui capaz de decirle que yo no era el Jorge que ella creía. En lugar de eso le seguí la corriente y la invité a tomar un café que ella aceptó. Fuimos al bar del bosque que está detrás del estadio de Estudiantes; un barcito donde sirven una tarta de manzana incomparable; un lugar en el que, cuando uno pide un té, traen una caja de madera con quince variedades distintas de té para elegir. No sé por qué le propuse justamente ese bar. Pensándolo bien, quedaba bastante lejos de donde estábamos. Tal vez inconscientemente yo deseaba que mi engaño se revelara en el camino para evitar ser desenmascarado (y su decepción, y el escándalo) habiéndonos sentado ya a una mesa. O en una de esas, simplemente, porque intuí que ella era de ese tipo de mujeres a las que les gusta elegir de una caja de madera con quince variedades de té.

Allí estaba entonces; intentando hacer equilibrio sobre una fina soga. Me carcomía la curiosidad y una parte de mí quería hacerle mil preguntas para agotar aquel misterio, llegar a la verdad como quien se arranca la venda de una herida para sentir el dolor de golpe y no en cuotas. No quería prorrogar mi contacto con esa mujer si se trataba, solamente, de una confusión. Tenía la sensación de que cuanto más mirara esos ojos, más doloroso sería apartarme de ellos. Y al mismo tiempo no podía, no quería hacer las preguntas y que ella se diera cuenta de que no la recordaba o, peor aún, de que no me conocía, de que acaso hubiera en el mundo, fatalmente, otro Jorge parecido a mí que la hubiera conocido primero. Tenía miedo de que se sintiera ofendida por las cosas que yo debería saber y no sabía (entre tantas cosas, el enigma fundamental: su nombre). Me asustaba, más que la posibilidad de una escena –apenas descubriera la verdad–, que sintiera que la había llevado ahí, a ese café, por engaño.

De alguna manera logré sobrellevar la conversación hablando de cosas neutras, de temas en las que ni ella ni yo ni nuestro supuesto pasado en común estuviéramos implicados. En algún momento me interrumpió, pidiéndome disculpas, me dijo que tenía que ir al baño

y se levantó de la mesa. Vi mi oportunidad. Ni bien hubo desaparecido por la puerta me abalancé sobre su cartera. Había allí llaves, monedas sueltas, un libro de Fowles, un blíster medio vacío de Ibuevanol y, lotería, su celular. Abrí el aparato, con mi mirada yendo y viniendo hacia la puerta del baño, sentía gotitas de sudor aglutinándose en mi frente y cosquillas en mis labios, como si me clavaran pequeños alfileres; me picaba el cuero cabelludo por encima de las patillas. Abrí su casilla de mensajes de texto, y fui pasando hasta encontrar uno de una tal Ana, que decía: «Nati: ¿pdste scr las entrads? Dsp te doy la plata. Bsos». «Natalia», pensé. Miré alrededor y descubrí que una moza tenía los ojos negros, negrísimos, clavados sobre mí. Me sostuvo la mirada, acusadora, violenta y despectiva al mismo tiempo. «No entendés», pensé yo, mientras el calor me asaltaba las mejillas. «Natalia», pensé de nuevo, y la esperanza de que su nombre arrojara en mi cabeza algún tipo de cristalización esclarecedora se derrumbó abruptamente. La puerta del baño se abrió, apenas tuve tiempo de arrojar el teléfono en la cartera y la cartera a la silla antes de que Natalia llegara a la mesa. La cartera rebotó en el respaldo y cayó al suelo. La moza seguía mirándome. Entré en pánico.

«Horrible el baño», dijo Natalia mientras se sentaba y «uy, se me cayó la cartera». «¿Vamos yendo?», sugerí, queriendo escapar cuanto antes de la presencia amenazadora de la moza. Natalia me miró decepcionada, como si tuviera ganas de quedarse un rato más. Fui hasta el mostrador y pagué con un billete de veinte. «Está bien, quédese el vuelto», dije. Agarré mi campera y pasé por delante de la moza con la cabeza gacha, sintiendo su mirada en la nuca.

Caminamos en silencio un par de cuadras. Una arruga vertical casi imperceptible se había formado en la frente de Natalia. Su cabeza se inclinaba apenas hacia adelante. Había metido los pulgares en los bolsillos del jean; el resto de sus dedos largos con anillos de plata descansaban sobre sus muslos. Sus pasos eran lentos.

– ¿Pasó algo? –preguntó cuando hubimos cruzado avenida 1.
– No... tenía ganas de caminar un rato. ¿Te molesta?
– No – apenas llegó a contestar, porque tomé su mentón pequeño con una de mis manos y la besé.

– En realidad –le dije al rato –no aguantaba las ganas de besarte. Ella rió, hubo un silencio y después dijo:

– ¿Sí? ¿Tanto?

Después del beso nos habíamos separado y caminábamos de nuevo en silencio. Caía la tarde.

– Hace frío – dije. De alguna manera, el contacto físico me había tranquilizado, como si la posibilidad de regresar a ese espacio sin palabras de los besos y las caricias fuera una especie de salida de emergencia.

– Sí.

Hizo una pausa, como si estuviera calculando las consecuencias de sus próximas palabras.

– ¿Tenés ganas de venir a casa? – preguntó, un poco incómoda, quizás porque había esperado que yo le hiciera una invitación análoga. Y, por primera vez en mi vida, un poco incrédulo de mí mismo, sin poder reconocerme mientras escuchaba el «sí» que salía de mi boca, me di cuenta de que soy un hombre inescrupuloso.

Nos acostamos. Casi pierdo la erección cuando, mientras se inclinaba sobre mi verga y justo antes de que sus labios envolvieran el glande, Natalia dijo:

– Extrañaba ese lunar.

Se refería a un lunar que tengo debajo del prepucio, sobre el lado izquierdo del pene.

Luego vinieron tres semanas perfectas. Conforme el tiempo pasaba yo iba completando el rompecabezas del universo de esa mujer y mi situación se consolidaba. A medida que descubría ¿redescubría? su cuerpo, sus gestos, sus pequeños vicios y manías, sus cuadros, sus libros, su orden, iba elaborando en mi cabeza las hipótesis. Hipóte-

sis que eran variadas pero invariablemente fantásticas y desesperantes: la existencia física de un doble maligno mío; admitir que yo era un sujeto con personalidades múltiples; una amnesia; una antigua curda; una conspiración; un encuentro previo en sueños; un sonambulismo; alguna droga de alcaloides de esas que yo no recordaba haber probado nunca; una abducción extraterrestre.

Entonces otra tarde Natalia entró a la casa llorando -sus ojos tras las lágrimas, el verde de sus ojos matizado por las venitas rojas inflamadas por las lágrimas, un color obstinado que no me abandona- y empezó a gritarme, a decirme no sé qué de que me había estado siguiendo y me había visto con la otra, con esa rubia horrible, me había visto besándome en el bosque con la rubia horrible (y mi cara que debe haber sido como un rompecabezas deshaciéndose, como un trozo de tela apolillada que se hace polvo en la mano, porque yo no sabía ni sé hoy en día de qué diablos estaba hablando ella). Me echó a empujones de su casa, arrojando sobre mí elefantes de cerámica que se hacían añicos y me pidió que nunca volviera. Y yo, que soy incapaz de desobedecer un pedido como ése -mucho menos cuando viene de una mujer- me he quedado desde entonces en este lugar proscrito y lejano; un lugar al borde de otro lugar al que prefiero no asomarme.

Quizá algún día una mujer rubia que no conozco me asesinará o besará en la calle. Y estará bien: es lógico que las cosas que empiezan sin explicación terminen de la misma manera.

EL VIEJO

Es una mañana radiante de domingo, es septiembre. Pablo se ha despertado temprano pero se ha levantado demasiado tarde. Su primer pensamiento al salir de la cama y manotear el celular y mirar la hora ha sido: «espero que no haya cerrado la carnicería de la esquina». Más allá de las paredes del departamento, ya lo imagina, el reflejo de las hojas verdes de los prolíferos árboles de La Plata será doloroso de tan brillante, quemará la retina, le dará ganas de estornudar. Pero todavía no lo sabe, porque apenas está bajando por el ascensor, apenas está mirándose las ojeras desdibujadas como alas de mariposa a ambos lados de la nariz, ojeras que denuncian el exceso de sobrecama, el sueño imperfecto, la pesadez en la cabeza, la sensación de que en lugar de cerebro tiene una esponja seca, el rastro de humor amarillo en lo blanco del ojo y eso que ayer apenas si ha bebido medio litro de cerveza en un bar, tener 26 años y tener el hígado a la miseria.

Saluda al portero de los domingos, que fuma y escucha una radio AM en su gabinete de vidrio. Sale a la calle, camina en dirección a la carnicería y a medida que procede por la vereda se va arrimando al cordón, oteando la esquina y un poco después de la mitad de cuadra se da cuenta de que no; la carnicería no ha cerrado todavía y es más: hay una fila de gente esperando adelante del vidrio de la heladera,

mirando con avidez los trozos de vaca carmesíes, los chorizos como eslabones pálidos de una cadena de embutidos, los sesos, el contraste entre la carne picada común, que es como un mosaico de grasa y la especial, que tiene cierto carácter fosforescente, una al lado de la otra.

Una señora de unos sesenta años pide ciento cincuenta gramos de jamón y ciento cincuenta de queso. Tiene el pelo teñido de rubio la señora y anteojos enormes y ahumados y una pequeña joroba en la espalda arqueada. El carnicero está luchando ahora para abrir con un cuchillo el plástico en el que viene envuelto el jamón. La señora afirma:

– Está desafilada la cuchilla.

– No, lo que pasa es que el plástico viene doble y no quiero pasarme de largo.

– ¡Me lo va a decir a mí! Cuando era chica me rebané el dedo – muestra el dedo gordo– con una cuchilla. Y me quedó la marca en las huellas dactilares. Si quiero robar o matar, no puedo.

Lo más aterrador es que hay una dosis de remota verdad en ese querer y no poder. «Pero a quién le importa tu cicatriz, vieja», piensa Pablo.

– Para robar y matar ahora se usan guantes –dice el carnicero, y Pablo piensa que el carnicero es perspicaz, lo piensa así, con esa palabra «perspicaz».

– No lo había pensado –dice la vieja y se acerca a la heladera de las gaseosas. –¿No tenés *Seven Up* común?

– Lo que hay ahí –dice el carnicero.

– ¿La *Seven Up Free* es sin azúcar?

– Sí.

– Los chicos me la tiran por la cabeza si les llevó *Seven Up* sin azúcar. Bueno, dame eso entonces, nada más.

Entra un viejo, mirando todo con ojos entornados. La cara del viejo es una de esas caras de las que fácilmente se puede sacar una buena caricatura: tiene la frente prominente, la cabeza grande y calva y ves-

tigios de pelo absolutamente blanco sobre las orejas. Sus ojos son chicos, y parecen todavía más chicos porque los lleva entrecerrados. Tiene los labios tensos, como las modelos con exceso de colágeno y una pera redonda y pequeña como una pelotita de golf.

– ¿Ya te atendieron? –le pregunta el viejo con una voz de canario.

– No, ahí me atienden.

Hay algo raro en el viejo. Pablo intenta *verlo*, quitarle con los ojos la piel a jirones y averiguar el color del viejo, remover el velo, llegar a su propia y personal configuración escondida, un truco de esos que aprendió en la segunda clase de la escuela de magia. Pero algo anda mal, no lo logra. Y entonces se da cuenta de que el viejo no es un viejo sino otra cosa. Se da cuenta justo antes de que el viejo le diga, percibiendo la intención de su truco «eso no se hace». Justo antes de que el viejo cambie de forma y un resplandor se propague por la carnicería. Y, entonces, Pablo se pregunta, sabiendo que nunca sabrá la respuesta, qué ocurrirá con el resto de la gente cuando él ya no esté allí. Si acaso dentro de unos instantes no habrá, por primera vez, trozos de carne a uno y otro lado del vidrio de la heladera.

CAMBIOS

Conocí a Susana en la librería en la que ella trabajaba como vendedora. Por aquel entonces yo era un estudiante universitario de la facultad de Exactas con una inusual afición por la literatura y un paradójico desprecio por las fórmulas químicas. Había llegado a La Plata hacía un par de años y había estado buscando, sin éxito, una librería que resultara de mi agrado. Mi búsqueda estaba guiada en parte por algunos criterios estéticos: no me gustan las librerías muy grandes ni las de ofertas pero, sobre todo, por principios misteriosos (me atrevo a postular que así como existe una química que gobierna las relaciones entre las personas, también existe una química o una energía que determina nuestra relación con los lugares).

Un día di con el lugar indicado. Era una librería de pequeñas dimensiones en el barrio de los teatros, cerca de la calle comercial de La Plata, un vecindario por el que me gustaba ir de paseo. Pese a ser parte de la cadena de librerías más importante de Buenos Aires, se me antojó acogedora, humana; fue un amor a primera vista. Con Susana me pasó todo lo contrario: el día que la conocí me pareció francamente fea. En seguida me percaté de que sabía muchísimo de su oficio: era una lectora compulsiva. Era de esa raza de porteños lectores full-time de la que hablaba Cortázar.

Aquella primera vez me aconsejó muy bien y de ahí en más se fue convirtiendo, sin que me diera cuenta, en mi principal fuente de recomendaciones literarias y novedades editoriales. Susana había sido, previsiblemente, estudiante de Filosofía y Letras y había dejado la universidad más o menos por la mitad de la carrera. Una desertora. Yo, que tengo la necesidad compulsiva de terminar todo lo que empiezo, no puedo sino admirar a esa otra raza de personas incapaces de completar nada. Los admiro por esa proscripción social, esa diferencia de sueldo vitalicia, ese complejo de fracasados con la que cargan todos los que desobedecen los mandatos, los que se niegan a dar exámenes toda la vida, los que entienden que no saber abandonar es asunto de cobardes.

Un día me preguntó si estudiaba Letras y yo supe que tenía una mano ganadora: “soy una *rara avis*”, le dije; “un farmacéutico que ha leído las obras completas de Borges y Kafka y algo de Nietzsche y Hegel”. Nació así una especie de romance platónico basado en páginas impresas y la sección cultural de los diarios del domingo. Hubo en el medio un par de regalos recíprocos, aunque no simultáneos. Un tarde que fui a la librería me dijo que la esperara, se metió en un puerta del fondo y volvió con unos dvds piratas de reglo, una película romántica coreana que, como todas las películas de amor coreanas, terminaba mal. La víspera de una navidad yo le regalé unas velas artesanales. Cuando iba a comprar a la librería (cosa que sucedía por lo menos una vez a la semana) las otras empleadas me daban un beso y la llamaban en seguida, y algunos empleados hombres se ponían celosos y me miraban con mala cara. Cuando una empleada nueva empezaba a trabajar en la librería, venía en seguida a conocerme.

La crucé un par de veces por la calle a Susana. La primera de éstas, ella no me vio. Quizás por voyeurismo, esa vez me pareció linda. La segunda iba abrazada de un hombre que le llevaba unos veinte o treinta años.

Un día me llamó por teléfono. Sabía mi número porque estaba registrado en la computadora de la librería. Me admiró su valentía y no

pude menos que invitarla un café. Aceptó contenta. Advertí con pesar que nuestra relación había cambiado para siempre. Aquella llamada *nos condenaba al cambio*, a lo irreversible. Y yo, que hasta en la química desconfío de las reacciones irreversibles, no estaba muy seguro de si quería más a la mujer que a la consejera literaria. En cuestiones amor, no estar seguro es no estar y mi invitación no se concretó nunca. Volví a la librería unas cuantas semanas después, lo que suponía una larga ausencia; ella y las otras empleadas me atendieron fríamente. De ser el niño mimado de la casa pasé a sufrir las más crueles evasivas. Me tenían esperando media hora cada vez que les pedía un libro y no ponían los habituales señaladores de regalo en las bolsas de la compra. Los empleados me miraban malignamente, en sus ojos se entremezclaban desprecio y victoria. Así perdí mi librería favorita.

Un par de meses más tarde regresé para ver si el tiempo había curado las heridas. Encontré empleadas nuevas. Una chica de piernas larguísimas y pelo lacio que de literatura no sabía casi nada y otra empleada regordeta, peinada a lo *garçon*, que a primera vista se parecía a Susana, pero que no era. Una de las pocas empleadas antiguas que quedaban se apiadó de mí y me dijo que Susana había renunciado hacía cosa de un mes para ir a trabajar de empleada pública en el Ministerio de Justicia de la Provincia. Me dijo que ella seguiría sus pasos dentro de poco. Pregunté por un libro, una novela histórica sobre la vida de Adriano. No lo tenían, pero podían conseguirlo para la semana próxima. Acepté.

Salí a la calle y en el umbral de la puerta me asaltó una inmensa melancolía y se me humedeció la mirada. Exhalé larga, sonoramente, y pensé: «la vida es cambio». A partir de ese día le pongo fichas a la empleada nueva de pelo corto. Creo que nuestra relación tiene futuro; en unos cuantos años quizás me llame por teléfono y yo la invite a tomar un café o a ver una película.

LOS CONDENADOS

El Sargento de la Federal, Carlos López, había acudido al lugar del accidente sin demasiadas expectativas. Tenía en mente respirar un poco de aire fresco y estirar las piernas mientras cumplía con las rutinas propias de la pantomima de investigación. Colaboraría, si fuese necesario, con el precintado de la zona y ayudaría a mantener a los civiles curiosos fuera del área. Dado que uno de los involucrados en el choque había muerto, López debería poner especial atención en evitar que los suboficiales novatos invadieran el perímetro. Eso, o aguantar toda la semana las quejas pedantes de la Policía Científica.

Se había ofrecido para apersonarse en el lugar sin otra motivación que el tedio. Las ganas de trocar transitoriamente la humareda de la comisaría por una calle que, no obstante el Peugeot 405 azul arruinado yaciendo patas arriba en la acera; no obstante el Fiat Fiesta blanco que parecía un acordeón congelado en la contracción de sus fuelles y las manchas inevitables de glóbulos rojos reseco sobre el asfalto, le permitiría tomar un poco de sol y aspirar el pucho con calma y disfrutar sintiéndose un poco solo.

Subía y bajaba la calle de la tragedia con ambas manos en los bolsillos del impermeable y la corbata a rayas bordó y ocre torcida y pésimamente anudada y el sombrero caído un poco hacia el costado. Hace rato que no le importaban las risas que provocaba el sombrero.

En un costado, apartado, un cabo comenzaba a tomar declaraciones. López fue hasta la esquina y regresó. Sin pensar, se introdujo entre la pequeña multitud de mirones. Muchas eran mujeres y varias eran viejas. No era raro considerando que el accidente había ocurrido alrededor de las 10:30 a.m. y que, con excepción de las jubiladas, todo el mundo está siempre en el trabajo. Sintió una punzada de nostalgia por las amas de casa de la estirpe de su madre y de su abuela.

Escuchó varias versiones de los hechos que testigos de primera y segunda mano intercambiaban entre sí. Al pasar, recogió un fragmento de conversación que una septuagenaria le gritaba a una mujer más joven.

– ¡Le digo que es increíble Rosa! ¡Primero lo del pintor de ayer y ahora esto! ¡Cuando se agarra una mala racha...!

En ese instante le restó importancia al comentario de la vieja, pero debió quedarle dando vueltas en la cabeza, porque esa noche, mientras su atención alternaba sin excesivo interés entre el canal de películas y el canal de cocina y manualidades, López sintió, primero débilmente y luego como si una piraña se hubiera ensañado con su estómago, el deseo incontenible de revisar las noticias del día anterior en la internet. Esto era raro por dos motivos. En primer lugar, el Sargento no era un hombre obsesivo. Por otra parte, hacía ya bastante tiempo había perdido el entusiasmo juvenil por su trabajo. No demoró mucho: colocó en el buscador el nombre del barrio, la palabra «pintor», la fecha de la víspera. La pantalla le escupió los resultados de la pesquisa. *Tragedia en Palermo – Pintor muere al caer de un décimo piso*. Hizo *click* sobre el titular y sobre otros epígrafes similares que habían aparecido en los matutinos de ese día. Se enteró de algunos datos curiosos: el hombre estaba pintando la fachada de un edificio antiguo cuando resbaló del andén; el arnés de seguridad, que había detenido su caída durante unos instantes, se había roto, abandonándolo a una muerte pronta; la viuda se quejaba

de que los equipos de seguridad estaban en malas condiciones. El accidente del pintor se había producido apenas dos cuadras más allá del choque entre el *Peugeot* y el *Fiat*. López apagó la máquina y se metió en la cama. Tardó un buen rato en conciliar el sueño.

Al día siguiente, procurando no llamar la atención (no había verdaderamente nada que ocultar, pero aún así se movía como a hurtadillas entre los archivos de la seccional), revisó las declaraciones que habían sido tomadas a la gente del barrio. No lograba precisar qué era, pero agazapada entre las exposiciones, una cosa húmeda y maloliente lo acechaba y hacía que el corazón le palpitara más fuerte. Una vecina, empleada de una verdulería ubicada en la vereda de enfrente a la tragedia, había asegurado en su declaración policial: «Me encontraba acomodando los melones cuando un pibe del barrio, un muchacho que viene a comprar de vez en cuando, me llevó por delante. Estaba blanco que parecía un cadáver, venía corriendo como alma que lleva el diablo cuando tropezó conmigo y fue a parar al piso. Se levantó, apenas me pidió perdón y retomó la carrera. Miré en la dirección contraria y ahí nomás lo vi al muerto, del otro lado de la calle. ¡Era un lío de sangre! Ahí comprendí porqué corría el muchacho, el pobre habría quedado espantado por semejante espectáculo. Le digo que la visión de un muerto siempre es desagradable y más todavía si se encuentra en semejantes condiciones [...]».

Por supuesto que la sospecha de López no tenía el más mínimo fundamento racional. Los pintores compañeros del muerto habían visto el accidente desde sus propios, cercanos andamios, y también lo había atestiguado una pareja que en ese momento tomaba el mate de la tarde en el balcón de su departamento. Y aún así...

Ese tipo de corazonadas le recordaba a López sus primeros tiempos como policía, sus aspiraciones detectivescas, resabio de las lecturas infantil de Conan Doyle y Agatha Christie y Chesterton. Eso había sido antes de que López se resignara.

Que, de pronto, hubiese vuelto a tener ese tipo de sospechas fue para él como una fiesta silenciosa, sabiendo como sabía que la improbable conexión que buscaba (por pura diversión, por instinto, por una revancha postergada) no le importaba a nadie.

Esa tarde salió de la comisaría veintiuno diciendo que quería investigar una pista. Los muchachos repitieron la palabra «pista» doblándose de risa y, desde luego, no le creyeron e insinuaron que López iba a «encontrarse con alguna mina». «Dele Sargento, cuente», le pidieron, «desembuche». López se quedó callado pero igualmente los muchachos le aseguraron que lo cubrirían si el comisario preguntaba por él.

Vagabundé por el barrio donde habían ocurrido las dos tragedias en el curso de las cuarenta y ocho horas anteriores. Merodeó de aquí para allá, fumó bastante, dio de comer a las palomas en una plaza, y a eso de las seis entró en una verdulería, no sin antes darle un vistazo al edificio amarillo a medio pintar en la vereda opuesta. En la verdulería eligió cuatro o cinco naranjas, las colocó sobre la balanza, y mientras la verdulera las traspasaba a una bolsa, extrajo la credencial del bolsillo del impermeable y dijo su rango y su nombre. «Quisiera hacerle unas preguntas, si no le molesta», dijo. La mujer juntó las manos, las restregó una con otra, se acomodó un mechón de cabello que le caía sobre los ojos de pájaro y que ocultaba a medias su rostro remotamente aborigen.

– Es sobre su declaración de anteayer. Voy a ser breve señora –aseguró López.

Los ojos de la mujer rehuían la mirada de López. López no quitaba la vista de la cara de la verdulera.

– El pibe que la chocó –prosiguió López –, ¿sabe dónde vive? ¿Sabe su nombre u otra seña particular?

La mujer contestó que no, pero que debía vivir por ahí nomás porque aquella no era la única verdulería de Palermo y además estaban los supermercados que también vendían fruta y verdura, por lo que

si el muchacho compraba la fruta ahí y no en otro lado debía ser porque le quedaría más a mano.

– ¡Pero qué poca confianza en su propia mercadería, doña! En una de esas sus naranjas son más ricas que las del supermercado. Después le cuento –señaló la bolsa con las naranjas.

Después López le pidió que le hiciera una descripción del muchacho, agradeció la colaboración y le aseguró que había sido de mucha ayuda. Pagó y dio media vuelta. Cuando todavía no había traspasado la puerta de calle, la mujer le preguntó:

– ¿Por qué lo busca?

López se quedó pensativo.

– Huecos –fue su única respuesta.

Después de eso, se dedicó a detener peatones y preguntarles por el domicilio del pibe que había descrito la verdulera. El sol empezaba a caer y a esa hora las averiguaciones de López –con o sin identificación de por medio– desataban miradas de suspicacia entre los interrogados, que contestaban evasivamente o le daban datos falsos. Aceptó que lo mejor sería continuar con la pesquisa a la mañana siguiente. No sabía porqué a la mañana temprano la gente desconfiaba menos.

Esa noche, en un revés de pudor, con la cabeza en la almohada, se dijo que su investigación era un disparate y decidió abandonarla y se durmió pronto, convencido de que ese era el proceder más sensato. Durante toda la jornada siguiente, sin embargo, estuvo inquieto y taciturno. Los otros policías lo cansaron preguntando cómo había estado el filo de la tarde anterior, pregunta que López una y otra vez dejó sin respuesta.

– ¡Ehhh! ¿Tan mal, López?»– lo cargaban los muchachos.

A la mañana del tercer día después del accidente de tránsito, López regresó al lugar de los hechos. Esta vez, por la hora del día o por un golpe de suerte, no le costó demasiado obtener la dirección del joven que había estado buscando infructuosamente dos días antes. En

la puerta de un gimnasio, un gigante musculoso le aseveró que un muchacho parecido al que López le estaba describiendo pasaba por allí todos los días y daba vuelta en la esquina hacia la izquierda. En la carnicería y rotisería de la esquina del gimnasio un hombre menudo y panzón le señaló el edificio en el que vivía el joven. Y no sólo eso: después de mover perezosamente el mouse de la computadora que se hallaba sobre el mostrador, el cajero le escudriñó la pantalla y le indicó el nombre, piso y departamento del hombre que López buscaba. “Dos o tres veces por semana él y la novia nos encargan un pollito a la parrilla o medio kilo de asado y se los llevamos a domicilio”. López escuchó y sintió ganas de pegarle al carnicero.

El edificio era pituco, de esos que tienen los pisos encerados y bolas grandes y doradas rematando la barandilla de las escaleras que conducen al lobby; porteros con sacos negros o azules con botones también dorados y sonrisas de ortodoncia y maneras edulcoradas. López se identificó y le indicó el nombre del inquilino que estaba buscando.

– Déjeme ver – dijo el hombre. – Trabajo aquí desde hace dos días y todavía no me sé el nombre de los residentes.

Algo vibró en el pecho de López.

– ¿Qué pasó con el conserje anterior? – inquirió, poniendo la voz más grave.

El portero levantó la mirada de la lista.

– Murió de un infarto el martes.

López levantó las cejas

– Lo siento.

– Yo no.

– ¿Era un hombre viejo?

– La verdad que no... Tendría... no sé... cuarenta y cinco. Pero a esa edad ya conviene hacerse algún chequeo de vez en cuando, ¿sabe? Yo tengo cuarenta y dos y una vez por año...

El hombre se detuvo, probablemente extrañado por la sonrisa inexplicable que se había dibujado en el rostro de López. López se dio

cuenta y retrajo la sonrisa, sacó del bolsillo el papel donde había anotado prolijamente el piso y departamento del muchacho y se apresuró a decir:

– Mire, acá lo tengo... sexto primero.

El portero corroboró el dato con el que figuraba en la lista.

– Usted comprenderá que no puedo dejarlo pasar sin avisarle al residente... así figura en el reglamento interno.

– Desde luego hombre, adelante – instó López.

Cuando golpeó a la puerta del sexto primero (le disgustaba el sonido de los timbres) y el tal Godoy atendió al llamado, comprobó que la descripción que originalmente le había hecho la verdulera era exacta. Godoy era un hombrecito de aproximadamente veinticinco años, caucásico, más bien blanco como una hoja –esos rostros que de tan pálidos tienen un tinte verdoso–, lampiño y de mirada torva. Tenía una papada pronunciada a pesar de que el resto de su ser era muy delgado. Usaba una remera negra estampada con el rostro de Kurt Cobain.

Le permitió pasar sin mayores recelos. Sonaba *Something*. Inusitadamente tranquilo, Godoy le invitó una taza de café que López aceptó con ganas. Mientras lo servía en la cocina minúscula, Godoy hizo un par de vagos comentarios respecto del tiempo. López aprovechó para escudriñar fugazmente el departamento. Sobre la mesa ratona frente al sillón había, boca abajo, una fotografía. Tirada en un rincón había una mochila con una mancha de pintura de un tono de amarillo que López había visto hace poco. Recién cuando las dos tazas humeantes estuvieron sobre la mesa Godoy quiso saber a qué debía la visita. López aguardó a que Godoy tomara el primer sorbo para probar el café que le habían servido. Le preguntó sobre el accidente del pintor. Godoy se limitó a repetir sin variaciones la versión que López había leído en las declaraciones de media docena de testigos. Entonces López arremetió con la pregunta que podía aclarar todo o hacer que la conversación precipitara hacia el desastre (con-

siderando que Godoy bien podía echarlo a patadas o negar todo o reírse: todo dependía de la reacción de Godoy).

– ¿Cuándo te separaste de tu pareja?

Godoy debió de experimentar entonces emociones contradictorias. Primero se puso tenso, las venas se le crisparon en el cuello y en los antebrazos y el gesto se le tornó todavía más hosco, aunque esto último López no hubiese podido jurarlo. Después los ojos se le pusieron como un espejo que tiembla y dio la impresión de que estaba a punto de llorar, pero logró dominarse. Finalmente, recuperó la compostura y con la voz serena de los que han llegado a algún lugar donde sólo queda la indiferencia, contestó:

– El lunes.

Entonces todas las piezas estuvieron en su justo sitio. López que ya no tenía preguntas para hacerle, apuró el café, le agradeció y se retiró satisfecho. Godoy lo miró con recelo, como si sospechara una trampa. Recién cuando el ascensor estuvo nuevamente en la planta baja López suspiró aliviado.

En la calle, con cierto deleite que paulatinamente iba convergiendo en una sensación de paz poco común, repasó la hipótesis imposible. El lunes por la mañana Godoy se separó de su pareja. El lunes por la tarde pasó por debajo del andamio del pintor fallecido, en el instante justo para que algunas gotas de pintura derramada le cayeran encima. Malhumorado, Godoy debió de maldecir al pintor con una furia inaudita, cuya magnitud sólo podía explicarse si se tenía en cuenta el desengaño amoroso. Pero,... ¿era posible realmente? No era sólo concebir que una maldición o un estado de ánimo pudieran tener efecto sobre la realidad: era aceptar además que el efecto fuera tan tremendo e inmediato.

La conexión entre el insulto proferido por Godoy, el resbalón del pintor y la ruptura del arnés era tan difícil de probar como la que hubo entre el momento en que el *Peugeot* casi atropella a Godoy el martes (Godoy con el corazón roto, cruzando la calle como un suici-

da) y el choque trágico que acabó con la vida del conductor del vehículo, a tan sólo dos cuerdas de los andamios. O la otra conexión, la que unía el infarto de un portero joven y saludable, pero entrometido, que el mismo martes interrogó maliciosamente a Godoy sobre los derroteros de su novia, tal vez incentivado por los rumores de la discusión definitiva que había trascendido las paredes del departamento sexto primero.

Restaban detalles: averiguar el nombre del portero muerto, revisar su historia clínica, interrogar a la familia sobre el estado de salud del difunto y los antecedentes de enfermedades coronarias en la familia del muerto para, con un poco de suerte, desestimar la probabilidad ridícula de una coincidencia. ¿Cuántos eventos improbables deben ocurrir en el transcurso de un día, en los confines de un barrio, para dejar de pensar en mala suerte y empezar a hablar de magia o brujería?, se preguntó López.

Desde luego, no había delito del que acusar a Godoy, porque no había forma de probarlo ni ciencia ni ley que lo contemplara, pero esto a López le importaba muy muy poco.

Lo único verdaderamente importante era la explicación.

QUIETUD

La vio besando a otro y se quedó parado en el lugar y se reconoció masoquista en lo obstinado de su mirada sobre aquel beso traidor. Era una tarde de sábado que hasta hacía un instante no había sido más que otra tarde de sábado, un atardecer feliz paseando por una plaza y tal vez recordando el cuerpo de ella, o pensando en la película que vería con ella esa noche, hasta que la visión de ella, ahí, a veinte pasos, en el banco de la plaza, con otro, modificó de un plumazo la perspectiva de cualquier recuerdo del pasado o expectativa de futuro.

Sintió una necesidad incontenible de sentarse; se dejó caer sobre el pasto al costado del camino y observó detenidamente la boca de ella sobre los labios de ese otro; contempló los besos lentos que lo habían ilusionado con promesas de exclusiva pertenencia. Por alguna causa que no pudo determinar, los besos de ella sobre esa otra boca eran distintos de los que habían organizado motines y fugas sobre sus propios labios. De repente acudieron a su mente, confusos, mezclados, todos los adjetivos posesivos: mío, nuestro, tuyo, de ellos y, luego, un retazo de una conversación pretérita: *No te soy fiel a vos. Me soy fiel a mí misma. Sería muy mentirosa estando con otro si digo estar con vos. ¿Para qué estar con vos si quiero estar con otro?* Aquella vez

él supo que podría haber contestado: la obvia diferencia entre ser fiel y ser leal, pero se había quedado callado mirándola.

La vio besando a aquel otro y llevó la mano derecha a la muñeca de la mano izquierda y tanteó el reloj, lo desprendió, activó el cronómetro y, reconociéndose enfermizo y miserable, midió el tiempo que tardaban los labios de ella en cambiar de posición sobre la boca de aquel otro y el tiempo que empleaban los dedos de ella en bajar desde el occipital del otro hasta alguna de las vértebras lumbares, y no midió los minutos que la mano de él entregaba a la insinuación de los pechos de ella detrás del sweater, no lo midió pero supo que era un tiempo mayor a los otros dos tiempos que sí había medido.

– Mentimos todo el tiempo – le había dicho ella en otra oportunidad, instalando la duda que justamente en este atardecer dejaba de ser duda, mutaba dolorosamente en confirmación. – La mentira es muy subestimada. Las mentiras lindas generan muchas cosas, tantas que de algún modo son verdaderas.

– No entiendo –había contestado él en aquella oportunidad, mientras los largos dedos de ella recorrían las venas azul-verdosas de su muñeca y el mozo retiraba las tazas con restos de café frío.

La vio besando a otro y conectó sin querer aquellos dos fragmentos de memoria que acechaban en su cabeza. Sentía un tambor a la altura de la sien. «Te vas a morir de un pico de presión, pelotudo», pensó y trató de concentrarse en su propia respiración.

Recorrió otra vez las lentitudes mutuas que esos dos se profesaban... Qué mierda saber tan bien como el sabía que la lentitud es una aproximación de la permanencia; el mínimo movimiento para hacerle saber al otro que uno le pertenece. De un momento a otro había dejado de ser el número dos para ser un tres lejano y quieto, congelado con cara de idiota sobre el pasto a la vera de la veredita de baldosas anchas de la plaza.

Entrelazó los dedos de sus manos; estaban helados. A su izquierda, distraído, mirando el sol del atardecer, fumaba un oficial de policía.

«Que cosa extraña las coincidencias facilitadoras», pensó. Encontrar un policía sensible fumando distraído en el lugar en el que él más o menos lo necesitaba.

Miró la boca de ella besando labios ajenos, sintió vértigo y un retorcijón de estómago. La bilis le quemó las cuerdas vocales. Pedirle un pucho al cana aquel, eso quería; izarse sobre sus rodillas como la bandera sucia que flameaba en el mástil y pedirle un pucho al policía. Sospechó una trampa de su inconsciente pero ya estaba procediendo del pasto al sitio donde fumaba el policía.

Conforme caminaba la cabeza empezó a darle vueltas como una calesita descontrolada y la mirada se le pobló de puntitos de colores. El policía miraba ahora, sonriente, a unos niños jugando a la mancha en el centro de la plaza.

Lo hizo sin pensarlo, sin tiempo para protegerse de su propio impulso: un rápido movimiento de la mano y sus dedos ya sentían el frío de la empuñadura del calibre treinta y ocho. El policía lo miró atónito y supo que ya no había vuelta atrás; sólo quedaba un lugar hacia dónde caminar, eso y ceder, entregarse a la niebla. «No hay cosa más peligrosa que el asombro», alcanzó a pensar con lo que le quedaba de conciencia.

Luego se acercó a la pareja; la forma en que caminaba ahora era diferente, como si fuera otro, o como si hubiera alguien más dentro de él, tomando el control, aprendiendo a manejar músculos y tendones, a coordinar movimientos .

La vio besando otra boca que no era la suya y apuntó; «nada más fascinante que la lentitud» y se lo susurró al desconocido que habitaba en él, que ahora también tenía voz y pensamientos propios. «¿qué mejor que dispensar la quietud definitiva?»

Después hubo un alboroto de alas, un vuelo masivo de pájaros, consecuencia de los dos disparos que se escucharon sobre la plaza.

DENARIO

Buenos Aires, 29 de julio de 2003

«Querida Lucía:

No sé muy bien el porqué de esta carta. Tampoco sé bien porqué escribí querida Lucía cuando lo que siento por vos se parece más al odio que al amor o al cariño. Será porque odio tanto eso que vos hiciste sin hacer nada y que tuvo tanta desgraciada consecuencia sobre la vida de todos los que conocimos a Jorge, será porque de algún modo te culpo a vos de todo lo sucedido y al culparte lavo un poco mi propia culpa. ¿Te dolió leer ese nombre después de veinticinco años, no? Leélo, deletrealo, ojalá te sepa a cianuro. Imagino que estarás puteándome en este momento, imagino que habrás hecho un bollo con el papel que transporta estas palabras, o quizás ya hayas roto ese papel. Te imagino, un poco más tarde, después de los insultos y del paseo quemando el motor o gastando las suelas por las calles, desarmando el bollo o pegando los trocitos de celulosa como si se tratara de un rompecabezas, armándolo ansiosa, la boca temblándote por las ganas de seguir leyendo. Es un poco lo que nos pasó a todos los que sobrevivimos a aquella época Lucía. Nos quedamos con ganas de sacar el papel de la basura y pegar los pedacitos con cinta adhesiva, pero el basurero ya se había llevado la bolsa de

consorcio y nos quedó este tremendo vacío, este vagar eterno por las calles y los libros.

Como te decía, no sé qué es lo que me lleva a escribirte esto, pero sé que tiene gusto a literatura, olor a libro viejo o a flores o fruta pudriéndose. Hace poco pensaba en este ir y venir entre juicios a milicos y torturadores y –más recientemente, más novedosos– montoneros traidores. Pensaba que estos juicios a los milicos son la única forma que los que vivimos en esa época tenemos para dejar de juzgarnos a nosotros mismos. La puta que nos parió, Lucía. Si decapitan a los militares tampoco nos vamos a olvidar de lo que no hicimos, de las ganas de volver y morir en la batalla como sucedía en aquel cuento de Borges cuyo nombre no recuerdo. Lo cierto es que el problema acá no es que haya habido cinco o diez mil desaparecidos. El problema es que no hubo cien mil.

Si cien mil se hubiesen levantado no habría habido ni un solo muerto. Tal vez alguno de la primera fila, y ese caído se habría convertido en un héroe, le habríamos declarado un feriado al año, la familia del finado no contenta pero sí orgullosa, y punto aparte. Y entonces qué orgullo de país, qué seguridad en políticos honestos y en que no volvería a haber más golpes de estado.

Creo que el único que entendió algo de todo esto era Jorge. Jorge, visionario, pelotudo, héroe, verdugo de todos nosotros y nuestras almohadas. Te lo dijo muy clarito aquella vez, Lucía. Estábamos todos en tu casa tomando mate: Alejandro, José, Andrés, Jorge, la Tana, yo. Fue en mayo del 77. ¿Te acordás? Jorgito murió a principios de abril. ¿Te acordabas de que Jorge murió a principios de abril del 77? J- O - R - G - E. Deletrealo Lucía, haceme el favor.

Estábamos en el living de tu casa y la púa del tocadiscos nos traía el sonido de un concierto de Vivaldi. Fue entonces cuando Jorge saltó:

– Me pregunto hasta qué punto este concierto me gusta auténticamente y hasta qué punto me gusta porque existe tanta gen-

te que no lo conoce. A lo mejor escuchar este concierto es como usar un traje caro, es una forma de ser diferente.

Vos lo miraste divertida, Lucía, porque sabías muy bien que él había dicho eso para gustarte a vos, que despreciabas abiertamente los snobismos, que vivías acusándolo de intelectual, porque ser intelectual a secas era no estar en la guerrilla, muchos de la guerrilla eran intelectuales pero las palabras se habían truncado y ser simplemente intelectual era ser de derecha o ser un cobarde.

«Me extraña que justamente vos me salgas con eso. Que ames a Beethoven es lo único que te hace mínimamente interesante, extrapolando, claro. Y ahora me salís con que no sabés si Beethoven te gusta realmente. La verdad es que me resultás cómico Jorge», le contestaste vos, Lucía, palabra más, palabra menos. Y tus palabras sonaron venenosas. A todos nos jodía la forma liviana en que te las ingeniabas para agraviarlo, gratuitamente, pero él nos tenía prohibido mandarte bien a la mierda, aunque nadie entendía muy bien porqué íbamos a tu casa con nicotina y facturas por la tarde y marihuana y vodka por la noche; porqué nos convocabas a nosotros, no militantes, para hablar de cine italiano y del barroco francés si vos pensabas que tu lugar estaba tan en otra parte, en el medio de ese campo de batalla cuyo centro se iba moviendo a lo largo de toda la Argentina, como un escenario fantasma.

Me acuerdo más o menos como se defendió Jorge: «La diferencia es que yo me animo a admitirlo. No me jodas, Lucía. Sabés muy bien que ese montoncito de mierda que dejás en la oscuridad te da calor. Querés cogerte a un montonero y ser la mina tremendamente culta. Me hablás de comunismo pero no te decidís a aprender a cocinar un pollo con papas, porque tenés mucama o mamá. Y no tengo nada contra ello pero ¡por Dios! ¡Admitámoslo y admitamos que pretender, desde la tolerancia, que nuestros libros son mejores que la revista Gente, pretender decirle a la señora que lee *Gente* las bondades de Cortázar sin tener la disposición y el tiempo para mi-

rar la revista *Gente* diez veces y entenderla, entenderla y no leerla con prejuicios ni con ojos de sociólogo o de entomólogo, todo eso es otra forma de dictadura!

Vos te reíste y le dijiste, despectiva, «bueno, bueno. El pajarito empieza a cantar. A ver si se nos vuelve cóndor un día de estos. Pensá lo que quieras. ¿Sabés qué me gusta de esta época? Es muy fácil ver quién es persona y más fácil ver quién es hombre, quién se queda en las ideas y quién se juega el pellejo. Por eso me resulta sencillo elegir con quién acostarme y con quién no».

Recuerdo claramente ese primer estallido; fue el estallido de algún hartazgo, una idea más social que política, la apología de un anarquismo más amplio que se refiera a todos –todos – los órdenes. Creo que Jorge, después de darle muchas vueltas al asunto, había llegado a la conclusión de que la aristocracia debía ser abolida en todas sus formas; de que la aristocracia no estaba tanto en la diferencia sino en las ganas de mantener esa diferencia y entonces se podía ser aristócrata en plena democracia, perteneciendo a la clase política o a la compañía de teatro underground de acá a la vuelta mientras se siguiera la política de no querer avivar giles, de despreciar a los giles, de usar la palabra giles o de omitirla concienzudamente, pero teniéndola bien a flor de piel como una espina esclerosada, como un repelente de los que no eran suficientemente diferentes. Olores o miradas que eran juicio sumarísimo y condena, ceremonia inciática y hartazgo de tanto club social y tanta masonería que en el primer artículo de sus estatutos declaraban, como una broma irónica, la igualdad del hombre.

En aquel mayo de 1977 uno andaba descalzo y en puntas de pie por todos los ámbitos de la vida, porque uno era joven y uno tenía un cierto aire intelectual. Esa necesidad de vigilar el sigilo, tengo que reconocerlo, nos agotaba a todos: no se podía ser feliz cuando en la lengua había tantas cicatrices, marcas de la propia dentadura; el cuello se había quedado contracturado de tanto agachar la cabeza y ha-

bíamos aprendido muy bien la parte aquella del tango en que Julito o el Polaco nos decían que los zapatos se cuidaban andando de rodillas. Ojo, que tampoco se podía ser feliz estando muerto. Estando muerto no se dejaba ni una memoria digna, se las habían ingeniado para reemplazar esa memoria por una duda. No había cadáveres que enterrar y esa ausencia amortiguaba un poco la reacción general, dejaba la esperanza del exilio sin aviso o del calabozo todavía jadeante, una forma planificada y degradante de evitar la manifestación y promover la prostitución física e ideológica de padres que peregrinaban por las comisarias suplicando por datos sueltos del hijo perdido. El aire no olía putrefacto pero la mente nos gritaba que el aire debería de estar oliendo a descomposición, y ese no olor era infinitamente peor a que colgaran a nuestros muertos en el árbol del jardín de casa, con las tripas desparramándose para los perros. Entonces uno deseaba no tener más dentadura con la que morderse, deseaba ser viejo y no joven y poder encogerse de hombros y dar a entender que a esas alturas no había nada por hacer.

Así es que Jorge debió de cansarse; el cansancio debe de haber venido de a poco, como una enfermedad crónica que se agrava con el tiempo. Debió de agotar el soliloquio mental y ver cómo la piel de las serpientes dialécticas mudaba una y otra vez dejando una epidermis cada vez más delgada, una piel transparente y, debajo, la nada. Y entre las cosas que lo cansaron estabas vos, querida Lucía. Vos le hacías tan difícil soportar aquel baldío de la inacción; de saber que en su naturaleza no estaba llevar un calibre treinta y ocho a la cintura. Vos lo empujaste, con tu jueguito cruel porque: o eras cruel o eras muy estúpida y prefiero inclinarme por tu mala intención, a dar el discurso aquel en los claustros de la facultad, el discurso interrumpido por el milico que cuatro veces por semana, con distinta cara pero con el mismo fusil y el mismo uniforme, nos pedía documentos por la mañana mirando la foto y nuestro rostro alternativamente, cauto, ladino, receloso, jugando a ser dios por un ratito, jugando a

dejar nuestro corazón en vilo. El milico que debe de haberlo identificado o debe haber preguntado por él, el milico que debe haber iniciado la investigación que una semana después condujo al asesinato de Jorge.

Así es que te escribo esta carta, ahora lo veo clarísimo, no para expiar mis pecados, sino para asegurarme de que no te creas inocente, asegurarme de que estás sudando un porquito. Si no sufriste hasta ahora es justo que sufras durante el tiempo de vida que te reste y brindo porque sea largo. Si sí lo sufriste esta carta no va a cambiar nada. Entendé esta misiva, por tanto, como un deseo sincero de justicia. Tené a bien responderme, si sos tan amable, para saber que llegó a destino y que al menos una de las cuentas pendientes de mi vida ha sido saldada.

Odiándote, pero no sin cierto cariño por la camaradería de otros tiempos.

Juan Ignacio.

Buenos Aires, 1 de agosto de 2003

«Querido Juan Ignacio:

Tu carta me tomó por sorpresa después de tantos años de silencio. Ya ves, lo más trágico de las circunstancias de aquella época que tan lindo supiste volcar sobre el papel es que dejó las cosas divididas, cada cual por su lado: demasiado dolor o demasiada vergüenza en el simple acto de mirar a otros a los ojos. Creo que eso es lo que nos pasa a nosotros, la razón por la cual preferimos intercambiar cartas certificadas a compartir un café. Pero Nachito... – y

permitime el tono coloquial— no entendiste nada de lo que Jorge quiso decirme esa tarde de mate en mi casa, la tarde que para vos es tan trágica y para mí es tan justa y perfecta. Jorge no me acusó a mí, Jorge acusaba la acusación, el dedo índice que tan gratuitamente te permitís usar para señalarme.

Tampoco entendiste nunca la problemática de Jorge, nadie salvo yo lo entendía, y yo sí estoy segura, yo no exilio la certeza al territorio de la fe. Jorge estaba cercado por su propia inacción y de mantenerse en ella iba a ser un infeliz toda su vida. Como, me es evidente, ha ocurrido en tu caso. Ese día, en mi casa, Jorge empezó a rozar algo muy parecido a su propia grandeza, dio el primer paso visible hacia sí mismo, porque él no fue él mismo hasta ese claustro, hasta ese discurso, hasta ese ocultarse en las calles decidiendo cuál sería el próximo paso, qué guerrilla sería su destino, qué nuevos amigos le cubrirían la espalda.

Te preguntarás por qué menciono su necesidad de nuevos amigos. La víspera de su muerte, ya de noche, Jorge llegó a mi casa buscando refugio. Me contó lo sucedido, me contó que los milicos estaban buscándolo para identificarlo. Me preguntó si creía que sabrían que era él y yo le respondí que no importaba eso... que lo que importaba era si ellos pensaban que iban a poder mantener esa situación por mucho tiempo y que de todas maneras, pensarán lo que pensarán, estaban haciendo el esfuerzo.

Tendrías que haberlo visto esa noche, Juan Ignacio, y tendrías que haberlo visto con mi mirada, con mirada de mujer. Los ojos le brillaban distinto; tenía la belleza que dan el miedo y la acción cuando van de la mano, tenía la belleza de alguien que ha conquistado algo, quizás su propio territorio. Los argentinos somos un pueblo muy hermoso, pero nos quedamos a la mitad de nuestra belleza, no nos alcanzamos a nosotros mismos.

Esa noche Jorge se arrojó, se arrojó a mí como si estuviera buscando una prórroga de su discurso en la facultad, como si su auditorio

improvisado se hubiese trasladado a mí, yo y ellos símbolos recíprocos uno del otro, la interrupción del milico como un orgasmo prematuro y la reivindicación conmigo en una encamada larga. No sé si estaba esperando ese cambio en él o si quise darle un último recuerdo por si acaso las cosas salían de la peor manera. Como verás, puedo prostituirme por mis ideas o por compasión del mismo modo en que las madres de las que hablás se prostituían para saber en qué calabozo estaban sus hijos, y de algún modo es la misma acción, porque Jorge era a su manera un hijo mío, ese Jorge que discurrió por mi cama por única vez había sido gestado por mí, yo le había pulido los miedos y las vacilaciones, yo lo rescaté de una forma tan tosca como la forma de ustedes, de los cuatro que permanecieron en un poema de Whitman, *triste permanencia, qué sabor a poco*. Miro lo que escribo, Juan Ignacio, me regodeo en ese placer del que hablaba Jorge, el mismo placer que me viene al hilar la música de Mozart o centrarme en una de las dos guitarras que dialogan en el concierto de Aranjuez y tengo que reconocer que en algo tenés razón, la poesía y la filosofía son buenos refugios para los que nos quedamos sin lucha, sin escondite. Me avergüenzo un poco de seguir el juego enfermo de tu carta, pero creo que el final amerita esta pelota moviéndose entre nosotros como en una cancha de tenis, este acuse de recibo bien vale el regreso efímero a este tipo de palabras, a la palabra efímero y al placer de deletrearlo, idéntico al placer que sentí cuando deletreé. J - O - R - G - E. Porque esa noche, cuando las sábanas se aquietaron, aún sobre mí pero ya alejándose, justo mientras se dejaba caer de lado sobre el colchón y su cuerpo y sus ojos rodaban hasta enfrentar el techo, me dijo: «Los chicos me van a traicionar».

Quiero hacerte notar, Nachito querido, que por chicos él se refería a ustedes cuatro; los conocía mucho mejor de lo que ustedes lo conocían a él. «Sí», le afirmé.

No necesitás escribirme para confirmar mis palabras. Jorge estaba seguro de que ustedes iban a venderlo y yo estoy segura de que lo hicieron. El aire en este país es fétido y el hedor viene de tipos como ustedes. Te pido lo mismo que vos me pediste: recorré las letras del nombre Jorge una y otra vez, que sean un mantra en tu mente, que pierdan su significado, tratá de deletrearlas, si acaso recordás las letras ya, y fijate bien que a tu recuerdo no lo acompaña el placer de escuchar a Mozart, ni de leer la esfericidad en un cuento de Borges, ni de decir efímero o perro traidor o denario o beso en la mejilla. Sin odio ni cariño.

Lucía Salgado

«[...] siendo aproximadamente las veintitrés horas de la víspera, 4 de agosto del 2003, familiares del Doctor Juan Ignacio Galdeano encontraron su cuerpo sin vida en el dormitorio de la casona que la familia Galdeano ocupa en el barrio de Caballito. Informes forenses indican que la víctima se habría ahorcado sin encontrarse evidencia de la participación de un tercero en el hecho. Al ser interrogada acerca de los motivos de la trágica decisión del Doctor Galdeano, Andrea Galeano, viuda del difunto, descartó razones familiares o económicas [...]» .

Extracto del diario LA NACIÓN, 5 de agosto de 2003.

ESTAMBUL 2006

Comienzos de septiembre de 2006. Estoy en Estambul por razones de trabajo. Es la primera vez que viajo al extranjero para asistir a un congreso. No he conseguido boleto de avión en clase turista sino para unos días antes del congreso y aprovecho esos días adicionales para recorrer Sultahnamet, la parte vieja de la ciudad; la misma que ilustra mil postales con cúpulas de mezquitas que, recortadas contra el cielo, me transportan a los cuentos de las Mil y Una Noches.

Me he sentado a cenar en un pequeño restaurante de los que abundan en esa parte de la ciudad. He elegido una mesa en la vereda, he pedido un plato con cordero, berenjenas y yogurt cuyo nombre no recuerdo. A mi derecha sobre la mesa, una birrome y el block de hojas que arrastro conmigo cada vez que viajo. Cada tanto dejo de comer e intento uno o dos párrafos.

Entonces llegás vos, con tu piel mediterránea; tus, tal vez, treinta y cinco años (que, por cierto, son varios más que los que yo tengo), tu vestidito de verano, strapless, de esos que hacen desear los hombros de las mujeres y que en Argentina se usan, por desgracia, demasiado poco. En vos hay una sensación de fragilidad que me golpea en el pecho y me acelera el corazón. Pero vas acompañada de un señor que te debe llevar, mínimo, veinte años.

Entonces ya no puedo concentrarme ni en la comida ni en mis notas. El dueño del restaurante sale a preguntarme, en inglés impecable, cómo está todo. «Everything is great», contesto yo y sin demasiada convicción comienzo a establecer con él una típica conversación de turista argentino y lugareño, una conversación que inevitablemente girará alrededor del tango y Maradona y quizás el asado y de la que de a ratos logro zafarme lo suficiente como para espiar qué está pasando en la otra, tu mesa.

En la otra, tu mesa, ocurre que tu acompañante te habla con vehemencia, vociferando casi, mientras vos acercás a tu cara una de las rosas del florero y la olés sin disimular la lágrima, la única lágrima que corre por tu mejilla. «No es manera de tratar a una mujer, sobre todo a una tan delicada», pienso yo.

El dueño del restaurante es, se percibe enseguida, un seductor nato. Alto, seguro, pelo entrecano ensortijado que le da un aire de hombre de mundo; la sensualidad violenta de Turquía es en él un poco más obvia. Como todos los seductores, presta atención a los gestos de las mujeres y señalándote con la mirada me dice, en un susurro: «*she is crying*». «*I know*», le digo. «*I know*», pienso.

En la otra mesa reina ahora un silencio denso. Tu acompañante se ha callado (por fin se ha callado) y lo único que se le escucha cada tanto es un bufido o el tamborileo impaciente de los dedos sobre la mesa. Mientras tu mirada va y viene alternativamente entre el mantel y la rosa del florero (que ahora sí sacás del florero y llevás a la nariz mientras tus dedos discurren suave y lento por el tallo) el seductor que hay en mí, más modesto, más esporádico que el de mi nuevo amigo turco, agarra el block de notas y dibuja un *smile*, una carita sonriente que ocupa toda una página. Después busco tu mirada y apenas la encuentro te muestro el garabato que acabo de dibujar y milagrosamente tus ojos permanecen sobre los míos algunos segundos más de los que hubiera creído posible.

Al rato tu compañero deja unos cuantos euros sobre la mesa, deja el dinero con el gesto despectivo de quien se desprende de algo que preferiría no haber tocado nunca y, sin decir nada, empieza a caminar hacia la otra calle. Vos esperarás cinco segundos. ¿Dudás? Te ponés de pie, lo seguís. Hay cosas de las mujeres que no se entienden ni de este ni del otro lado del Atlántico.

Antes de cruzar la calle te das vuelta y me sonreís y ahora sí, te vas detrás de tu acompañante. El dueño del restaurante trae un narguile y té de manzana para dos, atención de la casa. Comenta lo mal que te ha tratado ese hombre. «And she was beautiful» dice, incrédulo, con ojos enormes de indignación. Yo no te distingo ya casi en la lejanía, perdiéndote en la noche de Oriente. «Si volvieras...», pienso. «Si volvieras...»

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2008